

Antonio Crespo Massieu

Rememoración, fulgor y pausa

I. Un hombre desciende con una cartera negra

Con una abultada cartera de cuero negro, de profesor o representante o funcionario. Sólo con este peso tan desproporcionado cruzó la frontera. Dejaron las afueras de Banyuls-sur-Mer un poco antes del amanecer, durante horas han escalado penosamente la montaña, a veces el hombre se queda atrás, sin fuerzas, jadeando, casi sin respiración, se limpia las gafas, el sudor; cuando los demás se detienen para esperarle él, cortés, como avergonzado por su desfallecimiento, inicia de nuevo la marcha. Luisa Fittko les guía, es la primera vez que hace de “passeur” y equivoca el camino en más de una ocasión; tras casi diez horas, se despide de ellos: un último descenso y en la lejanía se adivina ya Portbou con su gran estación.

¿Qué lleva en esa cartera negra? ¿Qué papeles, con su letra minúscula, apretada, han merecido un esfuerzo tan grande? Es probable que fragmentos de su inacabado *Libro de los pasajes*, tal vez piense que la copia que dejó a Georges Bataille, y que éste guardará celosamente en la Biblioteca Nacional, ha desaparecido en el caos del París ocupado. Casi con seguridad sus “Tesis de filosofía de la historia” recién escritas a principios de este año 1940 y que quiere salvar a toda costa. Por fortuna ha dejado en Marsella una copia a Hannah Aredt y gracias a su tenacidad serán publicadas en Nueva York en 1942, venciendo la resistencia de Adorno y Horkheimer. Estas páginas que lleva en la cartera desaparecerán tras su muerte: ¿quemadas? ¿robadas por los espías nazis, supuestos agentes comerciales, que tienen su oficina tan cerca del Hotel de Francia? ¿sustraídas por alguno de los médicos que le atendió? Estas 18 tesis encierran, no sólo la mirada más lúcida sobre esa medianoche del siglo que agoniza, sino también la predicción de la barbarie sin precedentes que se ave-

cina. En ellas se encuentra la crítica más acerada del fascismo pero también del estalinismo y la socialdemocracia; es un aviso de incendio pero también lo es de la miseria intelectual de tantos bomberos pirómanos, de tantos ciegos ante la catástrofe que se avecinaba, de los que claudicaron, los que confiaron en el avance de un progreso que no era sino un vendaval de destrucción que arrastraba al ángel de la historia.

En esas páginas perdidas (¿o tal vez fueron otras?, éstas si del todo desaparecidas), Walter Benjamin nos dice que si queremos “*encender en lo pasado la chispa de la esperanza*” hay que saber que “*tampoco los muertos estarán seguros ante el enemigo cuando éste venza. Y este enemigo no ha cesado de vencer*”. Pues nuestra mirada al pasado no es la construcción de un nuevo relato que sirva de consuelo, una “verdad” histórica “consensuada” donde se puedan ocultar las miserias y la explotación del presente, no es invención de una memoria colectiva que cierre la historia. Mirar hacia atrás es asumir en el presente, y proyectar al futuro, el mudo interrogante de los desaparecidos. Una pregunta que nos emplaza ante el fracaso de las generaciones vencidas, pues nos “*adueñamos de un recuerdo tal y como relumbra en el instante de un peligro*”. Los ausentes acuden a la orden del día, los citamos, rescatamos su fulgor, el resplandor de su fracaso porque somos cronistas especiales, que no jerarquizamos, que no queremos dar nada por perdido: “*El cronista que narra los acontecimientos sin distinguir entre los grandes y los pequeños da cuenta de una verdad: que nada de lo que una vez haya acontecido ha de darse por perdido para la historia*”.

Es este el lugar de la memoria histórica, la justicia y la piedad que nos pertenece. Recordaba Juan Gelman que para los griegos el antónimo de olvido no era memoria sino verdad. El rescate de la verdad que ilumina un instante del pasado, que lo trae al presente, que actualiza esa “*cita secreta entre las generaciones que fueron y la nuestra*”. Vemos los otros posibles que no fueron, los caminos no pisados en las bifurcaciones de la historia, los errores y también el coraje, la tenacidad, la persistencia, todo lo que se encaminó al fracaso aún cuando su destino era otro. Rememoramos: negamos la clausura de la historia, lo irremediable de lo ya sucedido, alzamos a los derrotados en un fulgor que los proyecta hacia un futuro ganado de nuevo para la esperanza.

¿Qué puede hacer la palabra poética? ¿Qué puede iluminar, qué voz puede ser la suya que no traicione a las víctimas, que no las suplante? Primero escuchar el silencio, luego decir dejando espacio. Abrir un hueco, una pausa, en que los ausentes puedan de nuevo habitar, traerlos al presente y escuchar su voz. Tal vez lo que hace el poeta es encontrar ese espacio, ese territorio en que todos los posibles vuelven a ser reales, rememorar. La piedad que nos pertenece. Anticipar el momento en que el ángel de la historia, de alas rotas y ojos desmesuradamente abiertos, se detenga y pueda “*despertar a los muertos y recomponer lo despedazado*”; en que cese el huracán irresistible que le empu-

ja hacia el futuro. En que sea posible juntar lo “demasiado pronto y lo demasiado tarde”, en que la política, la acción revolucionaria, haga confluir historia y memoria. Y se inaugure un tiempo otro y sea posible el descanso, la pausa, la mirada que recompone lo despedazado.

El hombre con la cartera negra bajo el brazo y su pequeño grupo de huidos caminaron entre guardias civiles, por las calles derruidas de Portbou, fueron llevados al Hotel de Francia, al día siguiente serían devueltos a las autoridades de Vichy. Pero el hombre que amaba las pequeñas cosas como si en verdad fueran muy importantes, el amigo de los excluidos, los perseguidos, los místicos, los fieles al origen, el “*señor de los patios traseros*”, el que había escrito que “*sólo por amor de los desahuciados se nos ha dado la esperanza*”, decidió que el viaje había terminado. Tomo cinco gaseosas con limón, una insuficiente dosis de morfina y otra excesiva de desconsuelo y fragmentados recuerdos. Tras un larga y dolorosa agonía murió y fue enterrado en el blanco cementerio de Portbou donde su lugar es también una ausencia. Nadie sabe el sitio exacto en que están sus restos, confundido para siempre con los que dejaron huellas borradas, con los fusilados junto a las tapias, los arrojados a las cunetas.

Una ausencia que nos llama, una pausa que invoca la muda presencia de todos los desaparecidos, un luminoso silencio en el que escuchar la voz de los ausentes.

II. Palabras para abrir el silencio

UNA PAUSA

“Un rencor ya con pausa”

A las desaparecidas y los desaparecidos en Castuera.

Para los que guardan su memoria.

Mira
contempla estos restos arqueológicos
nunca por nadie excavados
es tan poco
(o es un exceso una desmesura)
es sólo lo que está
semioculto por la maleza
apenas visible

ejercita la imaginación
sube a lo alto
contempla
(el pueblo en la lejanía
silenciado silencioso
el pueblo dormido
¿para siempre callado?)

ves
la piedra donde se alzaba
la bandera se cantaba
el cara al sol se escuchaban
las palabras del sacerdote
(afilada piedad de los vencedores)
“vuestras almas han sido perdonadas
pero no hay perdón para vuestros cuerpos”

imagina
pues se aprecian aún
las líneas difusas las piedras
que dibujan el trazado del campo
los barracones y allí en un extremo
la torreta de la mina

escucha
los que aún hablan
los que pueden hablar
los no callados
ni por la muerte ni por el miedo
dicen o susurran cosas pavorosas

escucha
los camiones en la noche sus faros
los desaparecidos en la madrugada
bajan la voz
dicen
los arrojados por la boca de la mina
los tragados por la tierra
la madre arrebatada el camión
a plena luz atravesando el pueblo
las gentes mirando: piedad o desprecio arrogancia
o grito (callado comido por el miedo)

escucha
reposa la mano de una mujer en las piernas
de su hermana aún mayor (pasa de ochenta)
arropa con el gesto su dolor aún más indecible
más balbuceante
después de tantos años ¿olvido rencor?

imposible el olvido
pues aquella mañana permanece

hoy es ayer
pero rencor
 ¿rencor?
medita luego mira
a la cámara y dice
sí
pero es *un rencor*
ya con pausa

pasa el tiempo
queda un hueco
un espacio una huella
un intersticio
hecho de restos
piedras casi ocultas
lacerantes recuerdos
cada día más borrosos
(mas igual de intensos)
cuerpos perdidos

queda una extensa llanura
donde leer signos comprender
lo que estuvo y aún permanece

hay
desgajados pedacitos de tiempo
minúsculas muescas
piedras recuerdos lindes
un paisaje casi borrado

hay
entre la muerte

el olvido y la memoria
una pausa

escucha
el hueco
el eco
mira
atiende al silencio
palpita una ausencia

una pausa

III. Razón de pertenencia

Al finalizar la Guerra Civil las autoridades franquistas establecieron un campo de concentración en Castuera, Badajoz. Dicho campo funcionó como espacio de internamiento y clasificación de prisioneros de guerra y centro de represión comarcal. Y en él, la dictadura franquista, aplicó a los prisioneros un proceso sistemático de brutalidad física y síquica que conllevó la eliminación selectiva de los individuos más significados con el régimen republicano. Tanto fue su impacto sobre el entorno más próximo, que el campo y su recuerdo actuaron durante mucho tiempo como detonante de un miedo que cercenó la disidencia y favoreció, en numerosos casos, la identificación con los valores del nuevo Estado.

Este texto es el resumen del trabajo de José Ramón González Cortés, *Prisioneros del miedo y control social: El campo de concentración de Castuera* publicado en la revista *Hispania Nova*: <http://hispanianova.rediris.es/>

En el documental *La pesadilla de Castuera*, dirigido por Juan Sella para el programa “Línea 900” de TVE, Carolina Sabayera, que da testimonio de la desaparición de su familia, dice sentir “*un rencor ya con pausa*”.

Antonio Crespo es poeta. Es el responsable de la sección “Voces” de VIENTO SUR

Sobre las citas: Las citas de las “Tesis de filosofía de la historia” proceden de: Benjamín, W. (1973) *Discursos interrumpidos*. Madrid: Taurus, traducción de Jesús Aguirre. Para una lectura pormenorizada de las tesis: Löwy, M. (2002) *Aviso de incendio*, Buenos Aires: FCE. ¿Para cuando una traducción castellana de los trabajos de Daniel Bensaïd : *Walter Benjamín. Sentinelle messianique à la gauche de possible y/o Le pari mélancolique?*